

## ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:  
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.

## TEXTO

### MARCOS 4,35-5,20

«<sup>35</sup>Y les dice aquel día, llegado el atardecer: “Pasemos a la otra orilla”. <sup>36</sup>Y dejando a la muchedumbre, **lo** llevan cuando estaba en la barca y había otras barcas con **él**.

<sup>37</sup>Y sucede una gran tormenta de viento y las olas se abalanzaban sobre la barca, de modo que la barca [estaba] inundándose.

<sup>38</sup>Y **él** estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal, y **lo** despiertan y **le** dicen: “**Maestro** ¿no te importa que perezcamos?”.

<sup>39</sup>Y, levantándose, abroncó al viento y dijo al mar: “¡Cállate! ¡Enmudece!”.  
Y el viento amainó y sucedió una gran calma.

<sup>40</sup>Y les dijo: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo **no tenéis fe**?”.

<sup>41</sup>Y temieron con un gran temor y se decían unos a otros: “¿**Quién es entonces este**, que hasta el viento y el mar le obedecen?”.

<sup>51</sup>Y fueron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos. <sup>2</sup>Y, saliendo **él** de la barca, de inmediato, vino a su encuentro de entre las tumbas un hombre en un espíritu inmundo, <sup>3</sup>el cual tenía la morada entre las tumbas y ni con cadenas nadie había podido atarlo. <sup>4</sup>Porque muchas veces había sido atado con grilletes y cadenas, pero las cadenas habían sido separadas por **él** y los grilletes habían sido rotos y nadie podía domarle. <sup>5</sup>Y continuamente, noche y día, estaba entre las tumbas y por los montes gritando e hiriéndose a sí mismo con piedras.

<sup>6</sup>Y viendo a **Jesús** desde lejos corrió y se postró ante él, <sup>7</sup>y gritando con una gran voz dice: “¿Qué tengo yo que ver contigo, **Jesús, Hijo del Dios altísimo**? Te conjuro por Dios para que no me tortures”.

<sup>8</sup>(Porque le había dicho: “**Espíritu inmundo**, sal del hombre”).

<sup>9</sup>Y le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”.

Y le dice: “**Legión** es mi nombre, porque somos muchos”. <sup>10</sup>Y le rogaba mucho para que no los echara **fuera** de la región.

<sup>11</sup>Pero había allí cerca una gran piara de cerdos, hozando junto al monte, <sup>12</sup>y le rogaron diciendo: “Envíanos a **los cerdos** para que entremos en ellos”.

<sup>13</sup>Y les permitió.

Y **los espíritus inmundos**, saliendo, entraron en **los cerdos**, y **la piara** se lanzó al mar desde lo alto del precipicio, como dos mil, y se ahogaban en el mar.

<sup>14</sup>Y **los porquerizos** huían y lo contaron en la ciudad y en los campos. Y fueron a ver lo que había sucedido.

<sup>15</sup>Y vienen donde **Jesús** y ven al endemoniado, que había tenido **la legión**, sentado, vestido y en su sano juicio, y temieron.

<sup>16</sup>Y los que habían visto les contaron lo ocurrido con **el endemoniado** y con **los cerdos**.

<sup>17</sup>Y comenzaron a suplicarle que saliera de la región de ellos.

<sup>18</sup>Y al entrar **Jesús** en la barca, **el que había estado endemoniado** le ruega para que [le dejase] estar con él.

<sup>19</sup>Y no le dejó, sino que le dice: “Vete a tu casa, adonde los tuyos, y anunciales cuanto **el Señor** ha hecho contigo y que tuvo misericordia de ti”.

<sup>20</sup>Y se fue y comenzó a proclamar por la Decápolis cuanto Jesús le había hecho, y todos se admiraban».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (4,35-41)

- Habiendo utilizado las parábolas de Jesús para describir el poder real de Dios en 4,1-34, Marcos presenta ahora la relación de ese poder con el mismo Jesús en una evocadora narración de rescate del mar. Las parábolas son historias que hablan de una acción de Dios que resulta imperceptible para unos ojos no espirituales, porque esa acción se esconde bajo una apariencia de debilidad; en esa línea, nuestro pasaje presenta a un Jesús que se muestra aparentemente vencido por el cansancio y la indiferencia ante el destino de sus discípulos, pero que en realidad es su salvador, pues les libera de las fuerzas diabólicas que les amenazan. De esa forma queda sugerida una fuerte conexión entre el reino de Dios, tal como aparece en las parábolas, y la identidad de Jesús, tal como aparece presentada por la narración del evangelio de Marcos; desde esta perspectiva, la narración se centrará cada vez más intensamente en ese último tema de la identidad de Jesús.

En su forma actual, este pasaje se divide en tres partes: 1) una introducción, que sirve para fijar el contexto (4,35-36); 2) la descripción de la tormenta, con la victoria de Jesús sobre ella (4,37-39); y 3) la conversación que la interpreta (4,40-41). Después de la introducción, el pasaje se estructura en torno a las tres veces en que aparece la palabra *megas* (grande): 4,37: una gran tormenta; 4,39: una gran calma; 4,41: un gran temor. La repetición del *megas* supone que los discípulos están aterrorizados por un poder devastador sobrehumano; pero a través de la persona de Jesús irrumpe un poder aún más grande, que vence al anterior y suscita un pavor que sobrecoge. Así, el mensaje del texto resulta muy semejante al de 3,27: la opresión del hombre fuerte sobre el mundo se ha quebrado, porque ha venido uno que es aún más fuerte. La semejanza con la parábola del hombre fuerte no es accidental, porque en cierto sentido *nuestra narración es como un exorcismo*, lo cual aparece especialmente claro en 4,39.

- 4,35-36: Jesús propone a los discípulos que realicen su primer viaje «al otro lado», a la región gentil de la Decápolis, en la costa alejada del Mar de Galilea. La vinculación del texto con los temas del capítulo de las parábolas (que tratan de la inclusión de los gentiles y una visión más amplia de los propósitos de Dios) queda reforzada por la tipología de Jonás que subyace a todo nuestro pasaje, pues el tema de la salvación de los gentiles está en el centro del libro de Jonás. La vinculación de nuestro pasaje con *la misión gentil* va en la línea de una tradición exegética, iniciada a partir de Tertuliano, que ha visto al pequeño grupo que va con Jesús en la barca como un *símbolo de la Iglesia*. Esta línea de interpretación se ve apoyada por el extraño detalle de 4,36: «Y había otras barcas con él». En su contexto marcano, este detalle remite a 3,14, donde se dice que los Doce fueron escogidos «para estar con él», y a 4,10, donde el círculo de discípulos se amplía para incluir a «aquellos que están en torno a él con los Doce». Sea cual fuere la función de las otras barcas, estas se encuentran allí probablemente para acoger a un grupo mayor de discípulos, que ha estado presente desde 4,10.

- 4,37-39: Esta invitación de Jesús (que llama desde la barca a un grupo mayor de discípulos) resultará casi irresistible en la próxima sección, que constituye el clímax de la escena, donde se describe la tormenta y a Jesús imponiéndose sobre ella. Surge la tempestad; las olas rompen contra la barca, que empieza a llenarse de agua y presumiblemente hundirse (4,37). Viviendo en medio de una tribulación como nunca ha existido (13,19), con la tormenta de la guerra interna y la persecución que les amenaza desde todas partes (13,9-13), los miembros de la comunidad de Marcos deben de haberse sentido como esta barca. En esa línea se puede añadir que la persecución experimentada por la comunidad de Marcos parece estar relacionada con su misión a los gentiles (cf. 13,9-13), de manera que se produce así un nexo entre la situación de la comunidad y la de los discípulos, azotados por las olas, en su viaje «hacia el otro lado». Además, en el texto podemos escuchar un eco del gesto de desesperación de la comunidad, cuando los discípulos gritan diciendo: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (cf. 13,20).

La descripción de la tormenta en el mar tal vez haría recordar la historia bíblica de Jonás. Las semejanzas entre las dos narraciones no son pocas: salida en barco; una violenta tempestad en el mar; el

protagonista duerme; marineros muy atemorizados; se calma la tormenta, por algo relacionado con el protagonista; respuesta maravillada de los marineros. Estas semejanzas atañen también al vocabulario común («que estemos a punto de perecer» en 4,38, «sobrevino una gran calma» en 4,39, y «ellos temieron con un gran temor» en 4,41).

Pero entre Mc 4,35-41 y la historia de Jonás también existen diferencias significativas. La principal, que, en contra de lo que sucede con Jonás, Jesús no está huyendo de Dios, sino que está implicado activamente en el cumplimiento de su voluntad. Siendo semejante a Jonás, Jesús es *mayor* que Jonás (cf. Mt 12,41 y Lc 11,32).

Más aún, incluso el hecho de que Jesús duerma forma parte de su semejanza con Dios. En los mitos del antiguo Oriente Próximo, la divinidad suprema a menudo aparece retratada durmiendo, como signo de su soberanía: ningún enemigo es suficientemente poderoso como para impedir su sueño. Sin embargo, las evocaciones veterotestamentarias de esta idea convierten el sueño de Dios en causa de preocupación: los israelitas le llaman para despertarlo, pidiéndole que se levante y que venga en ayuda de su pueblo (Sal 44,23-24; cf. Sal 35,23; 59,4). Según eso, la imagen extendida del Dios que duerme combina la noción de la omnipotencia divina con la de su aparente indiferencia (ante el dolor humano); ambas ideas parecen importantes en nuestro pasaje: Jesús demuestra su poder soberano sobre los elementos, respondiendo así a la queja de los discípulos, que le acusan de no preocuparse de su destino. Esta no es la única forma en la que el Jesús de nuestro pasaje se parece al Dios del Antiguo Testamento. Como hace Jesús en Marcos, Dios guerrea y triunfa sobre el poder del mar, al que «increpa» (Is 51,9-10 vincula una invocación a Dios para despertarlo con el recuerdo de su primera batalla contra el océano personificado; por su parte, Dios increpa al mar en Job 26,11-12 y también en varios salmos [Sal 18,15; 104,7; 106,9] y en Is 50,2).

Según eso, si refleja la persecución experimentada por la comunidad de Marcos, probablemente nuestro pasaje refleja también *una de las causas de esa persecución*, es decir, la cristología alta de los seguidores de Jesús, que *tienden a igualarle* con el Dios del Antiguo Testamento, de manera que la comunidad cristiana puede quedar sometida a la acusación judía de blasfemia (cf. 2,7). Sin embargo, al mismo tiempo este pasaje de Marcos sirve también para evocar la fuente de la perseverancia de la comunidad frente a estas reacciones furiosas de sus enemigos: los creyentes están convencidos de que aquel en quien han creído es el Todopoderoso, el que es capaz de calmar todas las olas amenazadoras.

Jesús despliega su poder en el momento cumbre del pasaje, cuando impone su mandato sobre el viento y el mar en 4,39 (diciendo que «callen»). Este mandato recuerda al que Jesús proclamó ya contra el espíritu impuro en 1,25 (ordenándole callarse). En ambos pasajes, Jesús increpa al poder demoníaco (*epetimesen*: increpó) y le ordena que se calle en términos rudos. De esa manera, si las olas batiendo contra la pequeña barca son símbolo de la persecución experimentada por la comunidad de Marcos, la vinculación con 1,25 muestra que esa persecución se funda en la hostilidad implacable de Satán contra la misión de Jesús. Pero nuestro pasaje muestra también que la hostilidad satánica resulta en último término ineficaz: «El viento amainó y sobrevino una gran calma».

- 4,40-41: El pasaje termina con un diálogo entre Jesús y los discípulos. Este diálogo refuerza la impresión de la pavorosa y excelsa identidad de Jesús, que los discípulos tienen dificultad en comprender. Después de haber superado la amenaza externa, Jesús se vuelve hacia la amenaza interna, es decir, *la falta de fe* de sus seguidores, preguntando a sus compañeros en la barca por qué han sido tan cobardes y si todavía siguen siendo incrédulos. A la pregunta de los hombres a Dios («¿no te importa que.. .?») responde la pregunta de Dios a estos («¿por qué sois tan cobardes...?»). Las dos son preguntas reales, ambas reflejan situaciones existentes: por un lado, la situación desesperada de los hombres; por otro, la seguridad de Dios, que indica que «todo irá bien y que todas las cosas serán buenas» (Juliana de Norwich). Lo que está en juego en todas las circunstancias es el saber cuál de esas dos realidades (cobardía humana o seguridad divina) será la determinante.

Los discípulos responden a la pregunta de Jesús sobre su cobardía y falta de fe con una tercera pregunta, semejante a la que había formulado la muchedumbre tras el primer exorcismo de Marcos en 1,21-28: en

el primer caso preguntaban: «¿Qué es esto?», en el segundo: «¿Quién es este?», con una referencia al sometimiento de los poderes demoníacos.

Hay un progreso respecto al pasaje anterior: la reacción impersonal, a coro, frente al primer exorcismo de Jesús en Cafarnaún (*¿qué es esto?*; 1,27) se ha intensificado ahora, convirtiéndose en una pregunta personal (*¿quién es este?*). El exorcismo de Cafarnaún era la primera gran demostración de la verdad del mensaje de Jesús, cuando afirmaba que el reino de Dios se había acercado (1,14-15); pues bien, ahora se vuelve cada vez más claro que ese reino se concreta en el mismo Jesús.

A la pregunta de los discípulos sigue una exclamación (¡porque hasta el viento y el mar le obedecen!) con la que concluye el pasaje. A la pregunta de «quién es este», se responde diciendo que es el portador de un mundo nuevo, que, como el Dios creador en los mitos del Oriente Próximo y en los textos poéticos del Antiguo Testamento, vence al monstruo del mar y así suscita un orden nuevo, un cosmos (cf. Is 51,9-10; Job 26,10-13; Sal 104,5-9). Sin embargo, en Marcos esta victoria tiene *un carácter provisional*. En nuestra historia, Jesús exorciza al poder rugiente, satánico, del mar, pero en el pasaje siguiente el poder maléfico reaparece en tierra firme en forma de endemoniado vociferante, poder que Jesús arrojará de nuevo al mar en una pira de cerdos. Cuando llegue para Jesús el tiempo de cruzar de nuevo el mar, en 6,45-52, el agua habrá vuelto a recibir su carácter demoníaco y tendrá que ser sometida por una nueva epifanía del mismo Jesús, que se presentará en forma de Dios.

El continuo traslado de los demonios, adelante y atrás, entre el mar y la tierra firme, hace que la audiencia pueda percibir la naturaleza infatigable y cuestionadora del mal, recibiendo también la impresión de que Jesús no ha desenvainado todavía el arma de la que provendrá el definitivo golpe mortal contra ese mal. Ciertamente, vemos que Jesús vence todos sus combates contra su oponente, pero después descubrimos que no son definitivos. La revelación final, la batalla decisiva, se dará solamente en el futuro.

## SEGUNDA UNIDAD (5,1-20)

- Después del tempestuoso viaje por el mar (4,35-41), Jesús alcanza su destino, al otro lado del mar de Galilea, una región habitada básicamente por no judíos. Allí pronto se ve frente a un endemoniado aullador, al cual libera de su terrible aflicción tras mantener un diálogo con los espíritus le poseen. Sin embargo, Jesús no tiene tanto éxito con los vecinos del endemoniado, que terminan pidiéndole que abandone su región. Hay en la historia varios rasgos que sugieren que no era unitaria en su origen. En su forma presente la historia termina siendo básicamente positiva respecto a los no judíos: el endemoniado gentil, a quien Jesús ha liberado de su aflicción, acaba convirtiéndose en una especie de misionero, proclamando lo que Jesús ha hecho con él por toda la región básicamente pagana de la Decápolis, causando allí la admiración de todos. Sin embargo, algunos de los elementos de la historia parece indicar que ha surgido en un *entorno judío chauvinista*, pues vincula los espíritus impuros con aquello que para los judíos son lugares impuros (tumbas), personas impuras (gentiles) y animales impuros (cerdos).

En su forma actual, la historia constituye un minidrama en **cuatro actos**: a) encuentro inicial de Jesús con el hombre endemoniado (5,1-10); b) expulsión de los demonios que entran en los cerdos (5,11-13); c) reacción de los habitantes de la ciudad (5,14-17); d) el curado proclama la noticia del milagro (5,18-20). Los tres primeros «actos» ofrecen rasgos típicos de una historia de exorcismos: el encuentro inicial con el endemoniado (5,1-2), la descripción de su peligrosidad (5,3-5); el demonio reconoce al exorcista (5,6-8); el exorcismo en cuanto tal (5,9-13a); la demostración de que los demonios han salido (5,13b-15); y la impresión que reciben los espectadores. En estos primeros actos encontramos varias *repeticiones*: el enfrentamiento con los demonios (5,2 y 5,6), la descripción de la enfermedad (5,2-3 y 5,4-5) y la petición del demonio que grita (5,7; 5,10 y 5,12). Estas repeticiones pueden ser *signos de crecimiento* de la tradición; pero es posible igualmente que reflejen el gozo que el narrador experimenta ante los detalles de una historia excitante.

El relato ha sido embellecido con motivos del Antiguo Testamento. Así, algunos rasgos de la historia aparecen como recuerdos de Is 65,1-7, donde Yahvé se dirige a un pueblo que no le ha buscado y que yace entre tumbas, comiendo carne de cerdo y volviéndose impuro sobre las colinas (cf. 5,5). Otros

rasgos parecen un eco de Sal 68,6 versión griega: «Dios hace habitar al solitario en una casa (cf. Mc 5,9), liberando con poder a los que habían sido atados (cf. 5,4) y también a los que se habían comportado de un modo rebelde y habitaban en tumbas (cf. 5,2-3)». Otros detalles recogen motivos de Sal 65,7-8. Per nuestro pasaje se relaciona, sobre todo, con la historia de Dios que vence a través de Moisés al ejército de Egipto en el Mar Rojo, conforme al relato de Ex 14-15 y pasajes paralelos. Tanto en esta historia de Marcos como en el libro del Éxodo, Dios despliega su misericordia sobre su pueblo y manifiesta su poder incomparable sobre sus enemigos, y ambos rasgos culminan en un momento de clímax en el que una muchedumbre queda anegada en el agua.

- 5,1-10: En cuanto Jesús baja de la barca y pisa tierra, se le enfrenta un endemoniado, con una rapidez terrorífica y sobrenatural, como un monstruo de película de terror. Desde el principio queda sugerida la confusión de identidad entre el demonio y el huésped humano en el que habita, con la frase «un hombre en un espíritu impuro»: la identidad del hombre ha quedado engullida por el demonio, de modo que habla con la voz del demonio, trata de proteger al demonio para que no lo expulsen de su propio cuerpo y se convierte en el instrumento con el que el demonio le tortura. La frase citada marca una de las semejanzas entre nuestro pasaje y Mc 1,21-28. En ambos casos el poseso aparece de pronto y es descrito como «un hombre en un espíritu impuro»; en ambos pregunta: «¿qué tengo/tenemos en común contigo, Jesús?». Más aún, el exorcismo de Mc 1 se hallaba inserto en un *contexto cósmico*, mediante la descripción anterior de la lucha de Jesús con Satán (1,12-13); pues bien, también nuestro exorcismo viene precedido por la descripción de la victoria casi divina de Jesús sobre el mar endemoniado (4,35-41). No es accidental el hecho de que, así como la primera narración del ministerio público de Jesús en una región judía fue la descripción de un exorcismo, la primera narración del ministerio de Jesús fuera de Palestina sea también un exorcismo. Para Marcos, los exorcismos de Jesús constituyen *la esencia de su ministerio*.

El terrible sufrimiento de este endemoniado concreto queda resaltado por la descripción de su condición en 5,3-5, especialmente detallada. El hombre vive en un lugar desierto e impuro, entre los sepulcros; nadie puede encadenarlo o domarlo; así pasa el día y la noche, ululando entre tumbas y colinas e hiriéndose con piedras. La impresión de conjunto que ofrece es la de una persona que ha perdido el control de sí misma y que se encuentra a merced de fuerzas destructoras exteriores; también sus vecinos son totalmente incapaces de ayudarlo. Marcos ha puesto de relieve esta incapacidad por medio de una sorprendente acumulación de negaciones en 5,3, que literalmente podrían traducirse así: «y ni con una cadena nunca nadie pudo sujetarlo», y con el uso extraño de la voz pasiva en 5,4. El motivo de la incapacidad humana viene resaltado después por otra afirmación negativa: «nadie tenía poder para domarlo» (final de 5,4), que tanto en sentido lingüístico como temático recuerda la parábola del hombre fuerte de 3,27, sugiriendo así que la última razón para el cautiverio de este hombre es el mismo Satán.

Tras haber puesto de relieve la magnitud del poder que poseía a este hombre, en 5,3-5 Marcos insiste en su *maligna capacidad destructora*. Esto resulta ya evidente por la descripción de los gritos del endemoniado y por su forma de herirse con piedras, pero también queda insinuado al describir su separación respecto de otros seres humanos, quienes, ante el peligro que este hombre representa, solo reaccionan procurando encadenarlo. En esa línea ha de entenderse la incapacidad de este hombre para dormir y su inclinación a habitar en lugares terribles y desiertos donde ninguna persona en su sano juicio lo haría. Su vida entre tumbas sugiere además que sus demonios le están empujando a la muerte, como se verá claramente cuando esos demonios entren en los cerdos y les hagan despeñarse por un acantilado. Sin embargo, movidos por su sadismo, los demonios prefieren mantener al hombre vivo para seguir torturándolo, en vez de matarlo de una vez.

Según eso, aquí nos hallamos ante un caso de *comedia burlesca*, que se muestra cuando los demonios se ponen a negociar con Jesús y le suplican que no les torture, invocando al mismo Dios para apoyar este ruego (final de 5,7). Se trata, sin duda, de unos demonios muy *religiosos* y desvergonzados, que piden misericordia cuando ellos no han mostrado ninguna. Como típicos bravucones, los demonios vociferan cuando quieren algo, pero no son capaces de conseguirlo por sí mismos. Su absurda petición de misericordia viene acompañada por el gesto del endemoniado, que avanza corriendo y se arroja al suelo

ante Jesús, preguntándole qué es lo que él, como «hijo del Dios Altísimo», tiene que hacer con un demonio. Estas acciones y palabras sugieren una *mezcla* curiosa e impotente de rechazo y atracción. Jesús le pregunta su nombre (5,9); el demonio responde diciendo: «Legión es mi nombre, porque somos muchos». Este nombre pone de relieve la *inmensa magnitud* de la fuerza satánica con la que Jesús va a enfrentarse. Si en el clímax de la historia los malos espíritus que poseían al hombre salen de él y se introducen en dos mil cerdos empujándoles a su muerte, el conquistador que ha vencido y dominado a una fuerza tan prodigiosa debe ser sin duda muy poderoso. El nombre de los demonios puede tener también un *matiz político*, dado que «legión» era un término militar romano, de modo que la narración pudo haber sido en su origen una sátira contra la presencia militar romana en oriente. Los romanos, endemoniados e impuros, como los imperialistas de todas partes, no quieren que se les expulse de la tierra que han ocupado (Mc 5,10); por eso, esta narración serviría para satisfacer simbólicamente el deseo de arrojarles al mar, como a cerdos. Esta interpretación viene avalada por el hecho de que el cerdo salvaje (jabalí) era el emblema de la legión romana estacionada en Palestina, y fuentes judías antiguas identifican a Esaú (que llegó a convertirse en símbolo de Roma) con el cerdo o verraco. El relato del exorcismo quiere provocar así la expulsión largo tiempo deseada del poder romano. Como sucede a menudo en los movimientos apocalípticos, la liberación de los posesos representa un símbolo anticipatorio de la redención del mundo. No queda claro si Marcos comparte esos sentimientos antirromanos, pero la visión de Jesús como vencedor que destruye a una legión de enemigos demoníacos responde a la temática de conjunto de Marcos, que presenta al Mesías como *guerrero santo de Dios*.

- 5,11-13: En la siguiente sección de la historia se describe el tránsito o paso de la legión de demonios; estos penetran en una piara de cerdos, que salen después en estampida arrojándose a la muerte. Dándose cuenta de que, a pesar de su gran número, ellos serán vencidos sin remedio por Jesús, lo siguiente que hacen los demonios es querer negociar con Jesús un camino de salida, rogándole que les permita entrar en los cerdos (5,12). Jesús les da permiso (5,13a) y, por un momento, parece que ambas partes han llegado a un acuerdo mutuo amistoso: los demonios abandonarán al hombre, como Jesús quiere, pero no tendrán que abandonar la «tierra» de los gerasenos, en la que quieren permanecer. Pero todo concluye cuando los demonios, después de haber entrado en los cerdos, descubren que son incapaces de controlarlos, de manera que se lanzan en estampida, precipitándose al mar desde un acantilado (5,13b).

Esta horrenda y jocosa conclusión destaca el *carácter destructor* de los demonios y también su ceguera, pues son incapaces de controlar su rabia brutal, por lo que, sin querer, destruyen a sus nuevos portadores y así no consiguen cumplir su deseo de permanecer en la tierra de los gerasenos (5,10). Jesús les ha engañado: como pasó con el ejército del faraón, ellos o, mejor dicho, sus portadores los cerdos, han encontrado la muerte en el agua, por voluntad de Dios y mediación de su agente humano.

- 5,14-17: Sin embargo, la expulsión de los espíritus que tienen que salir del hombre al que habían poseído no significa el final de la oposición demoníaca a Jesús, sino que esa oposición reaparece de una manera más sutil. Los porquerizos huyen ante la manifestación del reino de Dios, van a la ciudad y difunden la noticia del milagro. Los habitantes de la ciudad vienen a ver por sí mismos lo que pasa y, tras observar al hombre curado, quedan sobrecogidos por el miedo.

En la historia premarcana se trataba probablemente del pavor o miedo digno de elogio que constituye un momento fijo de la conclusión de las historias de los milagros. Sin embargo, en la historia de Marcos ese pavor ha venido a convertirse en un *miedo culpable*, que lleva a los habitantes de la ciudad a expulsar a Jesús de sus fronteras. Esta reacción negativa no es lo que uno hubiera esperado a partir de la narración en cuanto tal, ni de las reacciones anteriores de las multitudes de Marcos ante los milagros de Jesús (1,28; 2,12). Esa reacción se encuentra probablemente relacionada con un tema que se va desarrollando de un modo creciente en el evangelio (la oposición frente a Jesús) y no es accidental que aparezca después de que se pronuncie la sentencia sobre la ceguera de quienes se oponen a él en 4,11-12. La reacción negativa probablemente se relaciona también con el rechazo que la comunidad de

Marcos ha experimentado. Los miembros de la comunidad conocen de primera mano que los milagros realizados por Jesús a favor de la humanidad sufriente llevan a veces, paradójicamente, a la persecución por causa de su nombre.

Según la forma que este relato recibe en el evangelio, la reacción de hostilidad de los habitantes de Gerasa contra Jesús viene a reflejar, de un modo sorprendente, la reacción de los demonios. Igual que los demonios, los habitantes de la ciudad se han sentido inicialmente atraídos por Jesús, casi en contra de su voluntad (5,6.14-15). Sin embargo, como la de los demonios, su reacción dominante ha sido de temor (final de 5,7.15). Los demonios han querido seguir en posesión del territorio (5,10), y en esa línea, sus agentes humanos expulsan a Jesús de ese territorio (5,17). Según eso, la oposición de los hombres contra Jesús, como sucede con frecuencia, constituye un *reflejo de la oposición de los demonios*, de la que implícitamente proviene.

- 5,18-20: El rechazo de Jesús por parte de los gerasenos no es la última palabra de nuestra historia, igual que la ausencia de fruto de la semilla sembrada no era la última palabra en la parábola del sembrador (cf. 4,20). Mostrándose contrario al ruego de los habitantes de la ciudad, el antiguo endemoniado le ruega «que le deje ir con él» (5,18), con una palabra que contiene un *eco evidente* de 3,14. Eso significa que este hombre *quiere hacerse discípulo* de Jesús. Pero Jesús rechaza la petición. Es interesante notar que tal rechazo es contrario al hecho de que Jesús acepta la petición de los habitantes de la ciudad (5,17), disponiéndose a marcharse. Según eso, el hecho de que Jesús acepte una petición (la de los gerasenos) no es necesariamente un signo de gracia, sino que puede ser lo contrario. Y al revés, el hecho de que Jesús rechace una petición (la del endemoniado curado) no es necesariamente un signo de desaprobación divina, sino que puede ser lo contrario. En este caso particular, Jesús no permite al curado unirse a los Doce, que son los compañeros constantes de su ministerio terreno. Sin embargo, Jesús le ofrece una tarea más adaptada a su situación concreta, pidiéndole que vuelva a su casa y a su pueblo, y que proclame allí, desde su propia experiencia, las grandes cosas que ha hecho el Señor (5,19). Estas personas a las que él debe dirigirse son presumiblemente *gentiles*, como lo era el mismo que había estado endemoniado, de manera que este anuncio de las grandes obras que Jesús ha realizado a favor suyo viene a presentarse para Marcos como *la primera proclamación de la buena nueva sobre Jesús* en un territorio gentil, anticipando así el anuncio del evangelio por todo el mundo tras la pascua (13,10). En ese contexto se puede explicar también el hecho de que *aquí no se mantiene* el mandato de secreto, que había dominado en la sección anterior del evangelio (cf. 1,25.34.44; 3,12), sino que, en su lugar, se le pide al hombre que cuente lo sucedido. La utilización de un vocabulario marcano sugiere que la forma en que el antiguo endemoniado cumple el mandato de Jesús nos sitúa en un *contexto postpascual*. Con ese trasfondo resultan muy significativas las diferencias entre el versículo 5,20 (lo que el curado hace) y 5,19 (lo que le manda Jesús). Así, en 5,19 Jesús dice al hombre que comunique la noticia de las grandes cosas que el Señor (es decir, Dios) ha hecho en su favor. Pero, en contra de eso, en el versículo siguiente (5,20) se nos dice que el hombre proclama las grandes cosas que Jesús ha hecho en su favor. Este cambio del objeto de la predicación, que pasa de «el Señor» (Dios) a «Jesús», refleja una visión muy importante de Marcos sobre la función e identidad de Jesús en relación con Dios. Este cambio supone que allí donde actúa Jesús actúa Dios. Esto no significa que para Marcos Jesús «es» Dios sin más (cf. 10,18; 12,35-37; 13,32), pero Jesús y Dios tampoco pueden verse como totalmente separados. Conforme a la visión de Marcos el Dios de Israel confiere sus beneficios a través de Jesús. Según eso, allí donde se proclama a Jesús es glorificado el Dios de Israel. De un modo consecuente, la conclusión de la perícopa sirve para dar nueva fuerza a la aclamación anterior del demonio, que decía que Jesús es el Hijo del Altísimo. El rechazo inicial de Jesús en Gerasa no impide que el evangelio avance y que tenga un efecto de difusión atrayente en la zona: las últimas palabras del relato dicen que «todos se admiraban» (5,20). En el pasaje siguiente, donde se dirá que una niña será levantada para la vida, se mostrará con claridad qué sorprendente y discontinuo es el poder escatológico del Jesús rechazado respecto al curso predecible de los acontecimientos en este viejo mundo de muerte; un poder de Jesús que sigue fluyendo y actuando a través de la comunidad perseguida de Marcos.